

Si bien las miras de Francia y de Inglaterra unidas se dirigían principalmente á Flandes, donde proyectaban dar el mas rudo golpe, era además el designio de Cromwel apoderarse de Méjico, y hubiéralo hecho si los españoles no hubieran acudido oportunamente á su defensa. Entonces empleó el protector las fuerzas navales de Inglaterra contra la Jamaica, la mas preciosa de nuestras posesiones en las Antillas, y logró hacerse dueño de la isla por medio de un ataque repentino, sin que despues pudieran reconquistarla los españoles, y haciendo de ella los ingleses un depósito para el comercio de contrabando con Méjico y el Perú, poblándola cada dia hasta convertirla en una de sus mas florecientes colonias (1). Amagaron tambien las escuadras inglesas á Cuba y Tierra-Firme, aunque sin fruto. Pero el almirante Blake, y Stayner, uno de sus tenientes, con numerosas naves salian á caza de nuestros galeones de las Indias, y sorprendiendo unos, y sosteniendo porfiados combates con otros, nos hicieron perder inmensas riquezas y muchos hombres.

Pasaron pues á Flandes, en virtud del tratado, seis mil ingleses escogidos al mando del coronel Reynolds. Sospechando Condé que el proyecto de los aliados sería acometer á Dunkerque, se metió dentro de la plaza. Este era en efecto el plan de Turena, mas sabiendo aquella prevencion abandonó la empresa. El de la Ferté cercó y embistió á Montmedy (12 de junio, 1657), que se entregó por capitulación á los dos meses (6 de agosto). Hallábase en el campamento francés el rey Luis XIV en persona. Unido luego Turena con los ingleses, se apoderó de Bourbourg y de Saint Venant (17 de agosto), hizo á los españoles levantar el sitio de Ardres, y tomó sin gran resistencia á Mardyk (23 de setiembre), que con arreglo al tratado puso en manos de los ingleses: con lo cual terminó aquella campaña.

Faltaba ponerlos en posesion de Dunkerque, y esto fué lo que emprendió en la siguiente primavera, distribuyendo sus cuarteles alrededor de la ciudad, vencidas para ello no pocas dificultades, y estableciendo el suyo en las Dunas de la parte de Niuport. Una escuadra inglesa de veinte navios cerraba al mismo tiempo el puerto, llevando á bordo otros seis mil hombres. El rey Luis XIV fué á animar el sitio con su presencia. Estaban los franceses como sitiados ellos mismos entre la plaza y el ejército español. Don Juan de Austria y Condé se aproximaron con quince mil hombres á tres cuartos de legua del campo. Iban con ellos el marqués de Caracena, el mariscal de Hocquincourt, del partido de los príncipes, y el duque de York, hijo del desventurado rey de Inglaterra Carlos I, á quien nuestra corte habia dado el título de capitán general de la armada del Océano. En uno de los primeros reconocimientos murió de un balazo el mariscal de Hocquincourt (12 de junio, 1658). Aun no habia llegado al campo español la artillería, y aprovechando esta circunstancia los aliados salieron una mañana (14 de junio) á presentar la batalla antes de lo que don Juan y el de Condé habian podido pensar. Apresuráronse estos á poner en orden su gente, extendiéndola por aquellas mismas Dunas que tan fatales nos habian sido cincuenta años antes, cuando gobernaba los Países Bajos el buen archiduque Alberto. No lo fueron menos en esta ocasion, pues habiendo logrado un cuerpo de caballería francesa en la baja marea pasar por entre las Dunas y el mar, cogió por la espalda á los españoles que combatian con los ingleses, los derrotó, y con su derrota se puso en desórden y en vergonzosa fuga todo el ejército, dejando tres mil muertos y muchos prisioneros. Descuido indisculpable fué en don Juan de Austria, y mas en Condé, que era un general tan práctico, haber dejado sin guarda ni defensa la playa.

Azarosas consecuencias tuvo esta derrota fatal. Dunkerque capituló nueve dias despues (23 de junio, 1658), y fué entregada á los ingleses segun lo pactado. Link, Bergues, Dixmude, Furnes, Oudenarde y otras poblaciones pasaron sucesivamente á poder de los anglo-franceses; Gravelines resistió algun

(1) La poblacion blanca de la Jamaica, que en 1655 no ascendia á mas de mil y quinientos hombres, fué al poco tiempo una de las mas numerosas, por la multitud de colonos que fueron de Inglaterra, de Irlanda y de Escocia.

tiempo mas, pero al fin corrió la misma suerte á los veintisiete dias de sitio. Era la última de las comprendidas en el compromiso de las dos naciones (2).

Orgullosos con aquella victoria y con aquellas conquistas los franceses, prometíanse al año siguiente hacerse fácilmente dueños del resto de la Flandes, y se preparaban á entrar en campaña. La corte española habia llamado á don Juan de Austria para encomendarle la guerra de Portugal, y á los Países Bajos fué destinado con el cargo de gobernador otro archiduque, Sigismundo, hermano tambien del emperador, que lo era ya Leopoldo, por muerte de su hermano Fernando III (abril, 1658), el mismo que habia estado de virey en Flandes, y á quien habia sucedido don Juan de Austria. Habia llevado consigo el archiduque doce mil alemanes. El ejército del príncipe de Condé aun era fuerte, y mandaba todavia bastante gente el marqués de Caracena. Todos pues se preparaban á obrar, y á nadie faltaban esperanzas. Mas no llegó la ocasion de medirse de nuevo las fuerzas de cada uno, porque ya en aquel tiempo se habia andado negociando la paz, se estaban asentando los preliminares de ella, y no tardó en venir á poner término á tan antigua, sangrienta y calamitosa guerra.

Mas como quiera que la famosa paz de los Pirineos no tuvo solo por fundamento y objeto los negocios de Flandes, sino que se enlaza con todos los sucesos que habian tenido lugar en otras partes, y mas con los que pertenecian á la lucha en tantos puntos sostenida por las naciones francesa y española, menester es, antes de dar á conocer aquel célebre tratado, informar á nuestros lectores de lo que habia acontecido en los demás países en que hemos dejado pendiente esta lucha encarnizada entre las dos potencias (3).

## CAPÍTULO XIV

### Sumision de Cataluña.—Guerra con Francia

DE 1648 Á 1659

El mariscal Schomberg.—Toma por asalto á Tortosa.—Vireinato de don Juan de Garay.—Reemplaza á Schomberg el duque de Vendome.—Recobra á Falset.—Causas de la tibieza con que se hacia la guerra.—Espíritu público de Cataluña favorable á España.—Odio á los franceses.—Vireinato del marqués de Mortara.—Sitia á Barcelona.—Ayúdale don Juan de Austria por mar.—Defensa de Barcelona.—Ríndese la ciudad, y vuelve á la obediencia del rey.—Indulto general.—Concesion de privilegios.—Alegria en Cataluña.—Sométese casi todo el Principado.—Continúan la guerra los franceses en union con algunos caudillos catalanes.—Sitio de Gerona.—Vireinato de don Juan de Austria.—Cercos de Rosas.—Puigcerdá.—Va don Juan de Austria á Flandes.—Arrástrase flojamente la guerra.—Segundo vireinato de Mortara.—Arroja á los franceses del Ampurdán.—Sucesos varios.—Batalla gloriosa á las márgenes del Ter, última de esta guerra.

Dejamos en el capítulo XI al joven marqués de Aytona forzado á retirarse á Aragon por las tropas francesas que mandaba el príncipe de Condé, el mismo que despues fué destinado por la corte de Francia á hacer la guerra de Flandes, y el mismo á quien acabamos de ver militando allí en favor de los españoles por vengar sus resentimientos con el cardenal Mazarino y los de su parcialidad. Tambien dejamos allí apuntado que comenzaba á observarse en Cataluña un cambio en el espíritu de aquellos naturales, bastantes síntomas de cansancio y de disgusto hacía los franceses, y ciertas tendencias á volver á formar parte de la gran familia española, de que nunca debieron separarse, ni por parte de la corte dar lugar á que se separaran.

Mas no por eso dejaba de proseguir la guerra, y nada favorablemente en aquella sazón á la causa del rey. Porque habiendo sucedido al príncipe de Condé en el vireinato el ma-

(2) Memorias de Jacques.—Thurloe: Historia, t. VII.—Clarendon: Papeles de Estado.—Limiers: reinado de Luis XIV, lib. IV; y las historias de los Países Bajos, de Francia, de Inglaterra y de España.

(3) Murió por este tiempo el célebre protector de Inglaterra Oliverio Cromwel (3 de setiembre 1658), llevando consigo, dice un ilustre escritor, la admiracion y el disgusto, el odio y el sentimiento de la Europa: singular conjunto, pero digno de aquel extraordinario genio de accion.»

riscal Schomberg (1), que inmediatamente se dirigió contra Tortosa (junio, 1648), sitiada ya por Marsin, y la tomó por asalto, cometiendo la soldadesca los desmanes y horrores de costumbre en tales entradas, sin que el marqués de Torrelaguna don Francisco de Melo, que quiso socorrer la plaza, fuera allí mas feliz que lo habia sido últimamente en Flandes.

Era cuando la corte de Madrid desengañada de la inutilidad de los tratos de paz que traia con Francia por las irritantes condiciones que esta ponía, determinó dar grande impulso á la guerra en todas partes. Para el mando de la de Cataluña destinó en reemplazo del marqués de Aytona al valeroso maestre de campo don Juan de Garay, sacándole del retiro en que estaba. Luego que Garay se puso al frente del ejército, emprendió una atrevida incursion por el interior de Cataluña hasta cerca de Barcelona (1649), mas con objeto de dar á los naturales una muestra del poderio que aun tenia el rey y de influir en su espíritu, que de intentar nada contra aquella ciudad. Así fué que no tardó en volverse á Lérida, despues de haber escarmentado algunos cuerpos franceses que le salieron al encuentro. Desde Lérida pasó á sitiar á Castelló, que vino á su poder. Ya el francés Schomberg habia sido sustituido por el duque de Vendome, el cual, no obstante haber sufrido un descalabro por la gente de Garay, recobró á Falset, que se habia dado espontáneamente á los españoles.

La especie de tibieza con que observamos se hacia por este tiempo la guerra en el territorio catalan, pasándose dos ó tres años sin que apenas ocurriera un suceso de importancia, consistia principalmente, lo uno, en que lo mas fuerte y empeñado de la lucha entre Francia y España estaba entonces en los Países Bajos, y lo otro, en que ya mucha parte de los catalanes, no mejor tratados por los franceses que lo habian sido por los castellanos, iban aborreciendo á aquellos y pensando cómo volver á unirse á estos, reconociendo al cabo que de su separacion no habian recogido otro fruto que perder en el cambio de señores; porque pérdida era tener que sufrir de extraños lo que no habian podido tolerar de los propios. Escarmentos que casi infaliblemente experimentan los pueblos que para librarse de los males que sufren de un monarca ó de un gobierno injusto, pero legitimo, invocan á los extraños y se entregan á ellos, como muchas veces lo hemos hecho notar en nuestra historia. Los franceses, que veian ya este desvío y esta malquerencia de los catalanes, oprimianlos mas y los vejaban con tributos, ya por via de castigo, ya para dejar explotado el país si tenian que abandonarlo. Esto acababa de irritar aquella gente de suyo indómita y dura, amante de su libertad y enemiga de la tiranía y servidumbre, que por otra parte habia tenido tiempo de reflexionar sobre los inconvenientes de estar en pugna hermanos con hermanos.

Tan irritados tenian ya á los naturales las injusticias y demasías de los franceses, que el gobernador de Castell de Arens fué procesado por sus arbitrariedades, y probados los cargos y convicto de sus crímenes fué degollado en la plaza de Barcelona (28 de noviembre, 1648). Y el mismo don José de Viure y Margarit, el mas ardiente y tenaz partidario de la Francia, se vió en la precision de arrestar al teniente general francés Marsin, al intendente y algunos oficiales (27 de diciembre de 1649), acusados de excesos hartos graves, y de conducirlos á Francia y entregarlos en Perpiñan á merced del rey (2). Y no pudiendo ya sufrir los catalanes tantas iniquidades y desafueros, que el de Vendome alentaba ó consentia en vez de corregir, coligáronse algunos y se entendian en secreto para ver de sacudir el yugo francés con el gobernador de Lérida don Baltasar de Pantoja, sucesor del portugués Brito.

Con estas noticias el rey y don Luis de Haro resolvieron hacer un esfuerzo mas en Cataluña; y nombrado virey el marqués de Mortara, ya práctico en aquella guerra, por última vez retirado don Juan de Garay, abrió aquel la campa-

ña (1650) con un ejército de doce mil hombres, apoderándose de Flix y de Miravet. Puso despues sitio á Tortosa, ayudándole por mar el duque de Alburquerque, y rescató aquella plaza (27 de noviembre), malamente perdida hacia mas de dos años. El de Vendome mal recibido en Barcelona, se retiró á Francia despechado. Animados con esta conquista los catalanes, daban ya mayor expansion á sus ánimos, hasta el punto de oirse acá y allá gritos, aunque todavia aislados, de «¡mueran los franceses! y ¡viva España!» Pasquines que de tiempo en tiempo aparecian en este sentido iban poniendo en cuidado á los franceses y á los mas comprometidos en la revolucion, así como alentaban á nuestras tropas, antes allí tan odiadas y perseguidas. Resolvióse ya el de Mortara á emprender el sitio de Barcelona, y para ayudarle por mar dióse orden á don Juan de Austria que viniese con las galeras de Sicilia y con la gente que de allí y de Alemania pudiera recoger, como lo ejecutó. Salió, pues, Mortara de Lérida (junio, 1651), llevando once mil hombres, entre ellos no escaso número de voluntarios catalanes, que así se iban ya viniendo á nuestras banderas; prueba del grande cambio que se habia obrado en el espíritu público del país.

Nada detuvo á nuestro ejército en su travesía, pero la fuerza era harto escasa para rendir tan populosa ciudad. Contábase, si, con que las circunstancias eran otras que cuando la sitió el marqués de los Velez. Mas si bien es cierto que habia dentro bastantes partidarios de España, y los magistrados mismos abrigaban hartos favorables disposiciones (3), los franceses pusieron el mayor conato en no perder á Barcelona, y mandaba además las armas de la plaza aquel famoso capitán de almogavares don José de Viure Margarit, tan furioso enemigo de Castilla desde el principio de la insurreccion. Colocó el marqués de Mortara sus cuarteles desde San Andrés al mar, y diseminó la caballería por el llano á fin de impedir la entrada de bastimentos; mas no pudiendo lograrlo, dividió su ejército en dos trozos, de los cuales uno dejó en San Andrés, y otro puso en Sans hasta la torre de Novell, dejando la caballería correr por la falda de la montaña. Don Juan de Austria, nombrado por su padre generalísimo del ejército sitiador, acudió con las naves de Nápoles, y cerraba el puerto con veinte galeras. Pareció fortuna que el general francés encargado de sostener la plaza se fuera á Francia por particulares disgustos que habia tenido. Pero Margarit, tan furioso no se desanimaron por eso, y se aprestaron á la defensa con igual valor siendo solos que si estuvieran ayudados de franceses, y construyeron fuertes para conservar la comunicacion con Monjuich, y levantaron otras fortificaciones, y embistieron desde el castillo el campamento de Sans, y rechazaron á la vez algun asalto que los nuestros intentaron, y no se veia medio de entrar por la fuerza ni el castillo ni la ciudad. El genio catalan tenaz é inflexible se veia en aquellos hombres obstinados y valerosos (4).

(3) Cuéntase que habiéndose quejado algunos síndicos de los lugares de la comarca á los magistrados de Barcelona de los excesos que cometian los franceses, aquellos les respondieron con desenfado: «¡Y por qué no los degollais á todos!»

(4) Historia de los hechos del Sermo. señor don Juan de Austria en Cataluña, por don Francisco Fabro Bremundán, lib. I.—En esta obra, impresa en Zaragoza en 1673, se refiere larga y minuciosamente todo lo relativo á este sitio y campaña. A nosotros ni nos toca, ni nos seria posible sin quebrantar las condiciones de nuestra historia, seguir á este autor en sus pormenores. Nos contentamos con indicar á los curiosos dónde pueden hallarlos. Allí encontrarán la irresolucion y las vacilaciones del marqués de Mortara ante las dificultades de asediar formalmente la ciudad; las consultas que sobre lo mismo hizo don Juan al rey; las contestaciones ambiguas del monarca; las conferencias entre los enviados de la corte y los jefes del ejército; las consultas de estos al consejo de generales; la conformidad del virey al dictamen del de Austria; la retirada de este á Vinaroz para restablecerse de un ataque que sufrió de la epidemia entonces reinante, y su vuelta al ejército; la respuesta definitiva del rey aprobando el sitio y ataque de Barcelona; algunos sucesos parciales que entre tanto acontecieron en Mongat, Mataró, Prades, Esluga y Ciurana, favorables á las armas de Castilla, y algunas disposiciones de las que dentro de Barcelona tomaba Margarit, así como el voto público que hizo la ciudad á la Virgen de la Concepcion, y las embajadas que se enviaban á Francia para informar al rey de los apuros del Principado y pedirle

(1) En rigor no le sucedió inmediatamente, porque antes de Schomberg estuvo un poco de tiempo de virey el cardenal de Santa Cecilia, arzobispo de Aix (de febrero á junio de 1648). Pero habiéndose retirado sin hacer nada por una querrela que sobre distincion personal tuvo con la ciudad, apenas merece contarse entre los vireyes franceses de Cataluña.

(2) Tió: Guerra de Cataluña, lib. VIII.